**MI EXPERIENCIA CON EL FUEGO DE DIOS** 2 Timoteo 1:6-7

INTRODUCCIÓN

Sabemos que el fuego es la emisión de luz y calor producida por la combustión de una materia. El fuego, aparte de todas las utilidades que tiene, se lo ha relacionado con la tragedia por su poder destructivo en los incendios forestales o con las llamas ardientes en el incendio de una casa, una fábrica, un automóvil, un avión precipitándose a tierra o un barco alcanzado por un misil. El fuego también fue considerado como un castigo divino como el que cayó sobre Sodoma y Gomorra, y el fuego también será parte del juicio final cuando los que no se encuentren registrados en el libro de la vida sean arrojados al lago de fuego.

El fuego fue venerado en la antigua Roma por medio del fuego sagrado de Vesta, quien era la diosa de la tierra, del fuego y del humo. El culto de Vesta tenía la función de mantener encendido el fuego en el templo. Si el fuego se apagaba significaba una terrible desgracia para la ciudad. Si las vestales, que eran mujeres encargadas de mantener encendida la llama, se descuidaban y se apagaba, recibían severos latigazos. Y en las casas ninguna mujer debía dejar que el fuego se apague, no solamente porque era difícil volver a encenderlo, sino porque se consideraba que era un mal presagio.

En la mitología griega, Prometeo fue el gran benefactor de la humanidad porque robó fuego del Olimpo con el carro de Helios el dios del sol, y lo entregó a los hombres. Y en otras culturas se veneraba al fuego como si fuera una divinidad.

En la filosofía, Heráclito de Éfeso (540 – 480 antes de Cristo) dijo que el fuego era el principio de todo, el arjé) el “principio, origen”, pero también dijo que en realidad el Logos es el principio de todo, y que el fuego proviene del Logos, o de la Palabra. Curiosamente, Juan en su evangelio comienza diciendo “**En el principio era el Logos (el Verbo, la Palabra) y el Logos era con Dios, y el Logos era Dios**” (Juan 1:1) Y también es curioso que el apóstol Juan muriera en la ciudad de Éfeso de donde era Heráclito, durante el reinado del emperador Trajano. Y por lo visto, Juan quiso hacer un puente por medio de la filosofía para que crean en Cristo, quien es el verdadero Logos, el creador de todo y el origen de todo.

En el Antiguo Testamento Dios habló en medio del fuego (Deuteronomio 4:12) y “**Un río de fuego procedía y salía delante de él;** … (Daniel 7:10) y claramente dice “**el Señor tu Dios es fuego consumidor**” (Deuteronomio 4:24) Y si la naturaleza de Dios es semejante al fuego, deducimos que al ponernos en contacto con Dios podemos tener una experiencia con el fuego de Dios. Podemos:

**I EXPERIMENTAR EL BAUTISMO DE FUEGO DE DIOS**

Mateo 3:11 “**Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo, él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.”**

Este fuego no es el mismo fuego que Jacobo y Juan deseaban que Dios mandara sobre los samaritanos que no los recibieron, según Lucas 9:54 **“Viendo esto sus discípulos Jacobo y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías y los consuma?”** Es evidente que no se trata del fuego al cual nos estamos refiriendo. Porque este fuego sería un castigo de Dios, y el fuego del que hablamos es una gran bendición.

Los cristianos anhelaban desde la antigüedad ser bautizados en el fuego de la gloria de Dios, y cantaron hasta tiempos recientes canciones en esta letra:

“Manda fuego, Señor. Manda fuego, Señor, y bautízanos con tu poder No dejes apagar, no dejes apagar el Espíritu Santo de Dios”

O también se pudo oír cantar el himno que dice

“Fuego divino, clamamos a ti Ven de lo alto, desciende aquí Oh, ven, despiértanos con tu fulgor Ven, avívanos con tu calor.

Baja del cielo, bendito fuego Baja poder celestial Baja del cielo, bendito fuego Ven llama pentecostal”

Estas y otras canciones similares rememoran cuando descendió el Espíritu Santo en el día de la fiesta judía del Pentecostés, en la casa donde estaban reunidas unas 120 personas esperando ser investidas con el poder del Espíritu Santo, de acuerdo a la promesa que Jesucristo les hiciera después de su resurrección antes de ascender al cielo dijo “**He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros, pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos del poder de lo alto**” (Lucas 24:49) Y mientras ellos estaban sentados orando, se sintió como un viento recio que soplaba “**y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de** ellos” (Hechos 2:3)

Este fuego que vino de Dios no es el fuego consumidor o el fuego de la ira de Dios, sino el fuego que confiere poder, porque Jesús dijo “**pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra**” (Hechos 1:8) Por lo tanto no se trata de “sentir el calor del fuego” sino de recibir poder. Todos ellos, no solo los apóstoles, sino María, los hermanos de Jesús, las mujeres que sirvieron a Jesús y otros seguidores, todos fueron llenos del Espíritu Santo cuando descendió el fuego de Dios.

**II EXPERIMENTAR EL FUEGO DEL DON DE DIOS**

Lo que ocurrió con las 120 personas que se habían reunido en el día de Pentecostés fue diferente a la experiencia que tuvo Timoteo cuando el apóstol Pablo oró por él poniendo sus manos encima, porque no fue una experiencia colectiva donde todos experimentaron el fuego de Dios al ungirles con poder, sino que fue una experiencia individual donde solamente Timoteo recibió un don sobrenatural de Dios. En el transcurso de los años el apóstol Pablo notó que ese fuego que tuvo Timoteo se fue apagando, dado que su entusiasmo, su motivación, su empuje fue decayendo. Por lo cual le escribió diciendo: **“Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos**” (2 Timoteo 1:6)

Timoteo no perdió el don de Dios que recibió por imposición de manos, pero fue evidente que perdió su fuerza y el fuego que lo impulsaba y hacía que estuviera siempre activo. Sin embargo, ese fuego se fue apagando, por lo tanto, Timoteo debía avivar ese don, debía hacerlo más animado, más vigoroso, más intenso, más activo, más ardiente. Pero podríamos preguntarnos ¿cómo se aviva un don?

1. Se aviva un don cuando se lo usa. Un don comienza a apagarse cuando uno no lo utiliza. Si tiene el don de la enseñanza, no enseña. O si tiene el don de evangelizar, ya no evangeliza ni comparte su testimonio. Si tiene el don del servicio o de ayuda, ahora ya no se ofrece para hacer algo. Si tiene el don de misericordia ya no sale a buscar a los indigentes para llevarles un plato de comida o no visita a los enfermos en los hospitales. Si tiene el don de la hospitalidad ya no invita a nadie a su casa. Así que para avivar estos dones o cualquiera de los dones que menciona la Biblia, uno debe volver al principio y comenzar a usarlos nuevamente.
2. Se aviva un don cuando se asiste a las reuniones de avivamiento. Cuando uno asiste a reuniones de inspiración, de visión, de nuevos desafíos, ya sea en los Congresos, los Retiros espirituales, las reuniones de oración, las vigilias, los cursos de capacitación, las escuelas de líderes, los campamentos de la iglesia. Cuando uno ve y escucha los testimonios de los que superaron las pruebas, o cuando comparte experiencias con otro hermano en la fe y oran juntos, unos por otros, algo maravilloso ocurre y los dones apagados se vuelven a encender.
3. Se aviva un don cuando alguien ora por nosotros. Por eso es tan importante orar unos por otros en nuestras reuniones de oración e incluso en encuentros casuales. Pero nadie orará por nosotros si no somos específicos y si no decimos que anhelamos que el fuego del don se reavive.
4. Se aviva un don cuando nos volvemos a consagrar al Señor. Es decir, cuando en una reunión nos levantamos y nos dirigimos al frente para arrodillarnos delante del Señor para entregarle nuevamente nuestra vida y resolvemos de todo nuestro corazón hacer cambios profundos en nuestros hábitos.

El Señor nos dice hoy por medio de su Palabra “Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti”

**III EXPERIMENTAR EL FUEGO DE LA PALABRA DE DIOS**

Existe una sensación o un sentimiento que no podemos explicar y que ocurre cuando estamos escuchando una predicación, o estamos leyendo la Biblia o un libro cristiano, o estamos escuchando la letra de una canción, o también mientras estamos orando y sentimos algo similar a un fuego que algunas veces nos emociona y nos quebramos, en ocasiones con lágrimas y otras en llanto, o una exultación de gozo.

Es exactamente lo mismo que sintieron los dos discípulos que tuvieron un encuentro con Jesús en su camino a la ciudad de Emaús, quienes escuchaban a Jesús sin saber que era Jesús que había resucitado de los muertos y caminaba con ellos. Y Lucas nos dice “**Y se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?**” (Lucas 24:32) Esto lo dijeron después que lo habían reconocido, porque mientras les hablaba sentían ese fuego y no sabían lo que les estaba pasando, y lo que les estaba pasando es que estaban oyendo la Palabra de Dios, estaban oyendo lo que Jesús les decía citando la Biblia.

Porque lo que les pasaba tenía que ver con lo que Dios preguntó al pueblo por medio del profeta Jeremías, un pueblo que no distinguía la palabra de los hombres de la palabra de Dios, un pueblo que no distinguía entre los charlatanes que hablaban en nombre de Dios y los verdaderos profetas, o los verdaderos siervos de Dios que hablaban la Palabra de Dios. A ese pueblo Dios les preguntó “**¿No es mi palabra como fuego, dice Dios, y como martillo que quebranta la piedra?”** (Jeremías 23:29)

Cuando Dios nos habla es mucho más que una emoción, es realmente fuego, un fuego que aunque uno quiera controlarlo o apagarlo no puede, como lo atestigua el mismo profeta Jeremías cuando describió su experiencia diciendo: “**Yo dije: No me acordaré más de él, ni hablaré más en su nombre; no obstante, había en mi corazón como un fuego metido en mis huesos, traté de sufrirlo, y no pude**” (Jeremías 20:9) El fuego que sentía, un fuego que sentía aun en sus huesos, no lo dejaba estar callado y tenía que predicar. Desde un punto de vista humano esto no tiene explicación porque ese fuego provenía de Dios. Para el apóstol Pablo este fuego es el amor de Cristo que nos obliga y es lo que dijo a los corintios “Porque el amor de Cristo nos constriñe”. “Constreñir” significa “obligar, precisar, compeler por fuerza a alguien a que haga y ejecute algo”. ¡Esto es lo que hace el fuego de la Palabra de Dios! Y Dios vuele a preguntarnos **“¿No es mi palabra como fuego?”**

**IV EXPERIMENTAR EL FUEGO DE LA PURIFICACIÓN DE DIOS**

En la antigüedad, cuando el ejército de Israel regresaba de la guerra con su botín, no podía usar nada de lo que había traído sin antes purificarlo. Dios había establecido lo siguiente según el libro de Números 31:22-23 “**Ciertamente el oro y la plata, el bronce, hierro, estaño y plomo, todo lo que resiste el fuego, por el fuego lo haréis pasar, y será limpio, bien que en aguas de purificación habrá de purificarse, y haréis pasar por agua todo lo que no resiste el fuego**”. En otras palabras, debían purificar con agua las telas, la ropa, las alfombras, los canastos de mimbre, los muebles de madera y todo objeto que el fuego podía dañar, y todo lo demás que estuvo hecho de oro, plata, bronce, hierro, estaño y plomo debía pasar por el fuego para ser purificado. Y una vez purificado podían usarlo en lo que quisieran o guardarlo.

Además, los objetos de metal podían ser purificados cuando se los fundía en un crisol. El crisol es un recipiente hecho de arcilla y grafito que puede soportar temperaturas de hasta 1600 grados. Cuando el oro u otro metal se derrite, toda la impureza sube a la superficie y puede ser removida. Esa impureza se llama “escoria” y debe quitarse para limpiar el metal a su máxima pureza. En el libro de Salmos 18:30 dice **“En cuanto a Dios, perfecto es su camino, y acrisolada la palabra de Dios; escudo a todos los que en él esperan**” y en Salmos 12:6 dice “**Las palabras de Dios son palabras limpias, como plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces**” De esta manera purificaban a fondo cualquier metal fundiéndolo una vez y sacando la escoria. Luego lo volvían a fundir y sacaban nuevamente la escoria de la superficie, para fundir la tercera vez, y la cuarta, hasta la séptima vez, cuando ni una pizca de escoria quedaba. ¡Así de pura es la palabra de Dios!

Pero no solamente podía ser purificada así la palabra de Dios, sino también nosotros. En el libro de Malaquías Dios dice: **“¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida: ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata y traerán a Dios ofrenda en justicia.**” (Malaquías 3:2-3)

Dios es el “fuego purificador”. Dios se sienta “para afinar y limpiar la plata” …” los afinará como a oro y como a plata”, hasta que toda la escoria, toda la impureza sea quitada de sus vidas. Y nos purifica porque como el oro y la plata tenemos mucho valor para él.

Cuando alguien está pasando por un grave problema dice “estoy en el horno”. Pero uno no está en el horno para ser quemado o destruido sino para ser purificado. Tal como dijo Job cuando estuvo pasando por una prueba dura. En Job 23:10 leemos que dijo “**Mas él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro**.”

CONCLUSIÓN:

¡Qué bendición sería para nosotros experimentar el fuego de la presencia de Dios de estas cuatro formas! (1) Experimentar el bautismo del Espíritu Santo y fuego para recibir el poder de Dios, porque Jesús dijo “recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo” (2) Reavivar el fuego del don de Dios si es que estuvo menguando o se está apagando para que vuelva a nacer el entusiasmo, la motivación y la alegría de servir al Señor. (3) Sentir el fuego de Dios cada vez que abrimos nuestra Biblia y la leemos, o sentir ese fuego cuando escuchamos en la iglesia un poderoso mensaje de parte de Dios, porque la Palabra de Dios es “**como fuego y como martillo que quebranta la piedra**”. (4) Y ser totalmente purificados de toda escoria en el fuego del crisol de Dios. Que toda la impureza de nuestros corazones y de nuestra mente surja en la superficie para que sea removida, sea quitada para siempre, para que seamos como el oro más puro para Dios.

Y lo maravilloso de todo esto es que podemos experimentar estas cuatro cosas en este mismo día, en este mismo momento porque nos hemos acercado a Dios, el Dios que nos revive y nos enciende con su fuego.